

MARTINEZ DE LA ROSA. Era al parecer de la secta de los principistas, y luego fue así por escalones hasta el servilismo; y no ha tenido que huir de España en mucho tiempo, ni del rey, ni de los franceses, hasta que vió que ni los serviles se escapaban. Fue diputado y ministro, y tan ministro, como diputado; todo esto, como su liberalismo, se jugaba en la cámara. Era el liberalismo para él una moda, cuando se criaba, y no tenía arbitrio por eso para dejar este adorno, porque vivía (todos lo saben) al corriente de ella. Se ponía y quitaba al espejo la libertad, como la corbata y el brillantito; y así antes de ir al congreso y á su vuelta, se le podría sorprender sin este adorno con facilidad. Por supuesto, para ir á casa de la duquesa se lo quitaba siempre. Cuando lo tenía puesto con todos los perfiles de literato, de petrimetre, de autor de comedias que son sainetes y de tragedias que son relaciones en no malos versos, y de orador, &c. &c. era á sus ojos un Moliere, un Moratin, un Racine, un lord Chatam, y el abate Mil-flores del sainete. Rebentaba de eugreimiento el pobrecito. Nos daba mucha lástima, cuando lo encontrábamos, y considerábamos, al verlo, que habria trabajado aquel hombre en tres horas de tocador, y luego lo que tenía que sudar en las cortes para perorar con cuidado, no se le cayese al descuido el liberalismo: porque él no era de estos mártires de la moda, que porque fuese moda y se estilase el ser liberal, habia ahora de asegurarse la libertad con alfileres, y clavársela para asegurarla de modo que le doliese, no señor: ¿ y si tenía que ir despues de improviso á la tertulia de la duquesa, ó de otro cualesquier grande de los que le procuraban deslumbrar consu sociedad para engañarlo; cómo se habia de quitar entonces con disimulo su *liberalismo*, y quedarse allí sentadito en conversacion, como si no lo hubiera tenido nunca puesto?

Martinez de la Rosa vivía de lo que vive todo el mundo, de respirar; y para eso es necesario aire, y lo buscaba unas veces con disimulo y otras no; porque este es un remedio, que no siempre se tiene á la mano. Cuando joven creía él que no habia mas que ser que liberal; porque entonces empezaba esta moda; y se atareó y leyó, y compuso la tragedia, *la Viuda de Padilla*, en que pinta una loca, que no obra por la patria, sino de miedo y verguenza de caer en manos de sus enemigos; pero el pobre lo hizo como supo, porque nadie nace enseñado; luego trabajó la comedia, *lo que puede un empleo*, en la que saca la moralidad contraria que enuncia, es decir, que los liberales lo son por los empleos. Esta pieza se alabó por lo liberal, y porque tiene sal cómica sainetera; y así se fue bandeando con sus principios liberales hasta que se acreditó. A esto se juntaba que era petrimetrero y no desgraciado, y que él también lo sabía, y se allíñaba á la rigorosa: mucho cuello, mucha pomada, mucha agua de la banda, mucho juguetillo en el relox, y algunos muy monos, mucho lustre en las botas, diversidad de chalecos también de mucho gusto, (porque lo tenía, y le han alabado mucho siempre las damas en esto) frac nuevo flamante (no se sabe como el lo mantenía, porque una cada día no es creible), pantalones esquisitos con portales raros y diversos, sombreros á prueba de agua y de dinero, cañitas y junquitos con puñitos de oro, anillitos de cifras, ya se vé, lo que es regular en un diputado y un ministro de estado, y aire de cantoneo entre de grande y liberal. Algunos arguían ya de este aliño, que tenían por pueril y ridículo, y de estas maneras afectadas, que habia en aquella cabeza una tendencia aristocrática que lo haría pronto buscar duquesas y defender señoríos; y el pensamiento no era descabellado, porque frivolidad por frivolidad, todo viene á ser lo mismo; y en empezando se corre mucho, como que sobra aire y va uno, como una exhalacion sin que nada lo pueda detener, porque como el viento no tiene cuerpo ni solidez, no se puede agarrar por parte alguna. El hecho es, que fueron profetas los que así juzgaron.

Al punto que las cortes de la primera época, en que era diputado, llegaron á Madrid, ya engreído Rosita con el suceso de sus dramas, y luego con el de sus fraques y adornos, que todo eso es oro para la sociedad, y luego con su diputacion de cortes, y luego con sus primeros discursitos; que eran *pasables* (para hablar su idioma), y los imprimía por separado y mandaba por el correo, y luego con su poquilla de popularidad que lo llevaba á hacer en las cortes el papel, que en las anteriores hizo Arguelles, y eso que no olía á agua de la banda ni tenía brillantes en la corbata como el, pensó

ver como podía salir de su clase, así, al disimulo y hacerse grande, cuando no con título á lo menos por agregacion. No fue menester mucho para esto, pues estaba abierta la bandera de la duquesa de Osuna, y se admitirian reclutas de todas clases de liberales. Tanto mas cuanto de opiniones y de infidelidad al partido liberal, se alistó Martinez de la Rosa y fue recibido en la tertulia, en la confianza, é iniciado en los secretos, como lo estaba en los de la masonería que habia vendido. Desde entonces sostuvo, primero, como diputado, y luego como Ministro de estado la causa de los grandes, las vinculaciones, los señoríos y los mayorazgos; desde entonces su lenguaje en el congreso fue declinando á la aristocracia; desde entonces lo distinguió el Rey entre los ministros, (y cuidado que Fernando sabe lo que se hace, cuando distingue á uno), y desde entonces ya llegó á hablar en el congreso el idioma del servilismo mas descarado. Entonces fue cuando avanzó en las cortes la proposicion, *de que en España no habia elementos para la libertad*, para lo cual era ya necesario petulancia, y una buena dosis de filosofía servílica. ; Tanto habia adelantado en la carrera política por su nueva clase este adonis del absolutismo! ; Que diria ahora el profeta que le anunció este final por su tocador, y por la frivolidad de sus adornos y juguetillos y sellos del reloj? Era sin duda hombre *emunete, naris* el que vió ya en aquellas nenias y pequeñeces el grande de España por aficion y el servil por gusto y por simpatía. La duquesa su madrina, no tenia tampoco malas narices, pues olió entre tantos diputados de crédito y de mas pulso, á este duende de la libertad, Martinito, y lo distinguió ya en su insubstancialidad, y en la indigestion de sus principios donde halló un alma á propósito para colgarle el *servilismo*, y que lo convirtiera en sustancia propia; solo con el calor que le podia dar la proximidad de la grandeza de los grandes y las miradas halagueñas de Fernando, prolíficas de servilismo y de imprudencia.

Martinez de la Rosa no tuvo, sin embargo, tiempo bastante ni circunstancias favorables para sacar de estas ventajas el provecho posible. La llegada de los franceses se adelantó, y se verifica la salida del gobierno, á quien no siguió porque ya era tiempo de no desamparar á su duquesa, ni á la grandeza que no esperaba lo que le ha sucedido, y él esperaba medrar á su calor; pues vivia de él ya su alma, que debia ser de la clase de la de los insectos, segun le gustaban los arrastres y las humillaciones. Salió á recibir á los franceses, como si fuesen todos unos: hizo un alarde entonces de presentarse en público alborozado, petimetre y jugueteando con los colgajos del reloj para hacer ver que no estaba de acuerdo con el gobierno de allá, sino con el de acá. Y solo cuando el Rey, al salir de Cádiz manifestó que era el mismo Fernando de siempre, y que el que hubiera respirado un minuto siquiera en su vida el aire de la libertad, seria siempre su enemigo, pensó en poner en salvo su alma ambigua y sus botes y demas muebles de tocador que son los instrumentos y señales de la masonería que hoy sigue y de que se puede decir el fundador.

En el tiempo de su ministerio, como no habia nada que hacer (porque ya se sabe) en la fermentacion de las revoluciones se estan siempre los ministros con las manos cruzadas, dió este D. Narcisito la comedia: *La hija en casa y la madre en las mascaradas*, que dicen tenia alusiones á ciertas intriguillas amorosas de S. E. Gustó, porque tenia algun gusto cómico, y porque era del ministro, que la fue á ver de punta en blanco sin acordarse de tal ministerio, de tales partidas, de tales conspiraciones, de tal santa alianza, de tales franceses, ni de tales peligros ni calabazas de libertad. Cuando el ejército frances nos provocaba, nos amenazaba la santa alianza, nos atacaban á gran nel los partidarios, las conspiraciones menudeaban y la libertad lloraba á lágrima viva, el ministro Rosita hacia comedias, quitaba y ponía versos, corregia, ensayaba la impresion comica que haria esta escena, el enredo de la otra, y trabajaba á su despacio, como se trabajan las comedias, y que saliera el sol por Antequera. Pero es menester suponer que era un joven, de estos petrimetritos de ciento en boca, lleno de entusiasmo por las señoritas, (por eso se aliñaba); y de consiguiente, que daba al tiempo lo que era suyo, y que luego con cuatro pinceladas á la ligera que diese en la secretaría y en el despacho, tenia tiempo para todo, para tocador, para duquesa, para teatro, para hacer y ver comedias, y aun ensayarlas, si se ofrece para intrigas de amor, prado, versos, &c. &c. &c.

(Eco del Comercio.)